
La cresta de Ilión

Hace apenas tres años, el nombre de Cristina Rivera Garza era casi desconocido, al menos entre los círculos literarios de la Ciudad de México. Aunque su novela *Nadie me verá llorar* recibió importantes premios, no despertó demasiado interés entre los críticos de la capital, que sólo ahora empiezan a dedicar ponencias y artículos a esta escritora de la frontera norte. Nutrida por la sofisticación teórica de la academia norteamericana, pero también instruida en la historia y la tradición literaria mexicanas, Rivera Garza parece decidida a lograr una síntesis original con elementos procedentes de los dos países. *La cresta de Ilión* es otra muestra de este ambicioso propósito.

Esta nueva novela de Cristina Rivera Garza se desenvuelve como una pesadilla: las mujeres hablan en un lenguaje secreto, se entienden indescifrablemente frente al desconcierto del hombre que sólo percibe sílabas descoyuntadas. Le parece fácil clasificar sus parlamentos como balbuceo infantil, pero recela algo peor. Debe haber algo más, pues estas mujeres tienen aspecto de conspiradoras, forman parte de una sociedad se-

creta, lo espían. En un momento de vértigo sospecha que saben de él mucho más de lo que quisiera confesar. Más de lo que quisiera saber. Quizá este hombre, aunque al principio de la narración dominó en forma indiscutible el mundo novelesco, se ha convertido en una mera ficha del juego movido y planeado por los excluidos: las mujeres, los hombres que aman a otros hombres, los dementes que se arrojan al abismo vociferando discursos libertarios. Este hombre, científico, funcionario de una institución hospitalaria, heterosexual y seguro de sí mismo, ha llegado a ser el más ignorante y el más torpe. Mejor dicho, es un enfermo.

La pesadilla incluye espectaculares fantasías de castración, momentos de genuina paranoia y guiños al espíritu tutelar de Foucault, cuyas ideas dan a la narración muchos momentos interesantes, además de sugerir el ambiente claustrofóbico e inquietante del hospital. Como ciertas pesadillas, la novela puede ser muy divertida para quienes la presencian sin estar atrapadas en ella: para unas pocas lectoras (como diría Borges) que incluso podrían ser de sexo masculino. Ellas (o ellos) se van construyendo y consolidando a partir de ciertas claves textuales hábilmente colocadas a lo largo de la narración. Una posible descripción

de esas lectoras es parte del propósito de estas páginas. Por lo pronto baste decir que sin duda estarían al tanto de cierta historia más o menos marginal de la literatura mexicana, que incluye el nombre de Amparo Dávila. Es este nombre lo que descubre, bajo la pesadilla foucaultiana, una interrogación sobre la tradición literaria y sobre la práctica de la literatura escrita por mujeres.

La llegada de una persona que lleva ese nombre desencadena la historia de un manuscrito perdido y de una escritora desaparecida, como si en esta novela Rivera Garza necesitara resolver preguntas ligadas a su tradición literaria, es decir, a la tradición literaria que va configurando al escribir, al interrogarse por otras que han escrito en México, por sus obras y por sus vidas. Su primera respuesta es a la vez desolada e iracunda: esta gran escritora llamada Amparo Dávila desapareció. Hacia la mitad de la novela, su búsqueda domina la trama, pero "Revisé periódicos de épocas anteriores tratando de hallar información sobre sus libros y su vida, aunque no encontré mucho" (71). En vez de hallar una celebración de su obra tan original, el protagonista debe aceptar que los libros de Amparo Dávila "causaron más desconcierto que gusto en el público (...) se la trataba con un ambivalente respeto, con distancia-

da y misteriosa admiración" (71-72). Al cabo de dos libros, Amparo Dávila "desaparece" y origina la peregrinación de otras, dobles, que buscan los rastros de su historia, pero sobre todo esperan reunir una vez más las condiciones que le permitan una nueva escritura.

En otras palabras, la novela narra con buen oficio los conflictos encontrados por las mujeres que intentan la práctica de la literatura: la falta de atención a sus obras, la incompreensión de lectores y críticos, la dificultad de encontrar, no sólo un cuarto propio, sino un espacio o disposición interior que permitan escribir. Una cierta aura ominosa rodea a la escritora, un aura construida e impuesta por lectores incapaces de entenderla, o decididos a no entenderla: "Se hablaba de la maldad, de lo fantástico, de lo ineludible" (72). Quizá por eso, *La cresta de Ilión* va construyendo una lectora afín, dispuesta a leer con simpatía, quizá con cierta compasión, ciertamente sin delirios machistas. Se trata, idealmente, de una lectora versada en la teoría de género más actualizada, que le permitirá discernir de inmediato el diseño que va formando la estructura fragmentaria de esta novela. Es la lectora que entenderá sin vacilar frases como "Hiserfui yerto glu".

El peligro de esta frase, por supuesto, es su parecido con el bal-

buceo de un bebé. Una amiga mía se quejaba hace poco de la dificultad para hacer oír su voz en la esfera pública: durante años y años, me dijo, las mujeres que lo intentan son consideradas “niñas”, pero al cabo de las décadas sólo de-semboan en la siguiente etapa de desautorización y se convierten en viejas menopáusicas. Quizá por esta razón, la novela de Rivera Garza evita cuidadosamente los rasgos más comúnmente asociados a la “escritura femenina”: no suena ingenua ni mona, no hace alarde de su sensibilidad o intuición en cuestiones sentimentales ni de su gusto por escudriñar su interior, asume con indiferencia el punto de vista masculino. Y por este camino llega a precipitar al protagonista en la pesadilla de un mundo configurado “al revés”, es decir, un mundo donde el lenguaje cifrado de las mujeres se ha propuesto crear las condiciones que permitirán una nueva escritura, ya no basada en la exclusión de las escritoras.

En este sentido, *La cresta de Illión* es un exitoso cruce de fronteras: al saltar sobre las convenciones de la escritura femenina, Rivera Garza consigue una buena fusión de las teorías que actualmente dominan la academia norteamericana y de las modas literarias que son el último grito al sur de la frontera.

No es el menor de sus méritos la felicidad con que logra otras síntesis igualmente difíciles: en esta novela, Rivera Garza da un paso más hacia la conciliación entre su formación académica y su práctica de novelista. Al mismo tiempo, ofrece una prueba indirecta de los aciertos de la teoría de género, pues muchos de sus supuestos fundamentales se convierten, al parecer sin dificultad, en escenas fantásticas o en afortunados rasgos de caracterización de los personajes.

En cierto momento de la lectura, se hace más y más evidente que el terror oculto en el fondo de esta pesadilla es la posibilidad de que *ser hombre/ser mujer* sea solamente el nombre de un disfraz. Si lo anterior es casi un lugar común de la teoría de género y de la teoría del *performance*, Rivera Garza logra otorgarle densidad y vértigo, hasta conseguir enfermar a su protagonista, ese emblema de la racionalidad médica que acabará atrapado en su propia institución normalizadora. No se oculta, ni para él ni para el lector, que la posibilidad mencionada arroja una consecuencia temible: cómo podrían sostenerse los privilegios masculinos si no descansaran en algo más sólido que cierta capacidad histriónica. Mientras esta idea inquieta al lector (pero bien podría tratarse de una lectora), la práctica escritural de Rivera

Garza afina su imitación de masculinidad y da visos de verosimilitud a la pesadilla. Para el momento en que las diferencias entre hombres y mujeres han quedado tan disueltas que necesitan un asidero físico, el nombre de un hueso de la pelvis se ofrece como límite final. Pero quiere la ironía que sea también el nombre de un mito, una vieja historia que narra el anhelo hogareño que anida en el corazón de los héroes.

Para ese momento es claro que la lectora anhelada y construida por *La cresta de Ilión* muy bien podría ser un lector: un hombre tan seguro de su masculinidad como el protagonista y tan abierto como él a la búsqueda de aventuras. Porque las

diferencias entre el manuscrito buscado por la escritora desaparecida y la práctica escritural de la autora de la novela han acabado por desdibujarse, y la escritura femenina se ha olvidado en la tarea de la escritura. Ese personaje construido a partir de un hueso de nombre equívoco podría ser casi cualquier lector: cualquier hombre tan hombre como para no tenerle miedo a las mujeres. Ni a lo que escriben.

Adriana González Mateos

Cristina Rivera Garza: *La cresta de Ilión*, Tusquets Editores, México, 2002.